

y la excelencia de sus armas. Creyendo, pues, absolutamente necesaria la pronta salida de su ejército, llamó á consejo á sus capitanes, para deliberar sobre el tiempo y modo de ejecutarla. Fueron diversos los dictámenes. Unos opinaban que debía hacerse de día, abriéndose camino con las armas si los Mexicanos se les oponían: otros preferían la noche, y esta fué la opinión de un soldado llamado Botello, que la echaba de astrólogo, y en quien Cortés confiaba más de lo que debía, seducido por haber visto algunas de sus predicciones casualmente realizadas. Resolvió, pues, prefiriendo los consejos de aquel ignorante á la luz de la prudencia militar, verificar su salida de noche y con el mayor silencio posible, como si pudiesen bastar todas sus precauciones para ocultar á la vigilancia de tan gran número de enemigos la marcha de nueve mil hombres con sus armas, caballos, artillería y bagaje. Señalóse la noche del 1.º de Julio, tan infausta y memorable para los españoles, que por los grandes males que en ella sufrieron, le dieron el nombre de *noche triste*, con el cual es conocida en la Historia. Mandó Cortés hacer un puente de madera, que pudiese llevar cuarenta hombres, para servirse de él en el paso de los fosos. Después sacó todas las riquezas de oro, plata y joyas que tenía en su poder; separó la quinta parte, que pertenecía al rey, y la consignó á los oficiales de S. M., protestando la imposibilidad en que se hallaba de sacarla. Dejó todo lo demás á disposición de sus oficiales y soldados, para que cada uno tomase lo que quisiese, aunque les hizo ver cuánto mejor sería dejarlo todo á los enemigos, pues libres de aquel peso, podrían más fácilmente salvar sus vidas. Muchos, no queriendo privarse del principal objeto de sus deseos y del único fruto de sus fatigas, cargaron con aquellas preciosidades, bajo cuyo peso perecieron, víctimas no ménos de su codicia que de la venganza de sus enemigos.

TERRIBLE DERROTA DE LOS ESPAÑOLES EN SU RETIRADA.

Ordenó Cortés su marcha en el mayor silencio de la noche, que oscurecían las nubes, y que una lluvia pequeña, pero incesante, hacía más peligrosa y molesta. Confió el mando de la vanguardia al invicto Sandoval, con otros capitanes, con doscientos infantes y veinte caballos: la retaguardia á Pedro de Alvarado, con la mayor parte de las tropas españolas. En el cuerpo del ejército se conducían los prisioneros, la gente de servicio y el bagaje, á las órdenes de Cortés, con cinco caballos y cien infantes, para llevar pronto auxilio á donde fuese más necesario. Las tropas auxiliares de Tlaxcala, Cholula y Cempoala, que componían más de siete mil hombres, se dividieron en los tres cuerpos del ejército. Implorada, ántes de todo, la protección del cielo, se rompió la marcha por el camino de Tlacopan. La mayor parte de las tropas pasaron felizmente el primer foso ó canal, por el puente que consiguieron llevar, sin encontrar otra resistencia que la poca que hicieron los centinelas que guardaban aquel punto; pero habiendo notado aquella novedad los sacerdotes que velaban en el templo, gritaron á las armas, y con las cornetas despertaron á los habitantes. En un momento se vieron los españoles cercados, por agua y por tierra, de un número infinito de enemigos, los cuales, con su misma muchedumbre, se estorbaban é impedían en el ataque. Fué muy terrible y sangriento el combate en

¹ Bernal Diaz dice que la derrota de los españoles ocurrió en la noche del 20 de Julio; pero es yerro de imprenta. Cortés dice que llegó á Tlaxcala el 10, y del diario de su marcha se infiere que la derrota debió ser en la noche del 1.º

el segundo foso, extremo el peligro y extraordinarios los esfuerzos para sobrepujarlo. La oscuridad de la noche, el estrépito de las armas, los clamores amenazantes de los combatientes, los lamentos y sollozos de los heridos y los lánguidos suspiros de los moribundos, formaban un conjunto no ménos lastimoso que horrible. Aquí se oían las voces de un soldado que pedía auxilio á sus compañeros; allí la de otro que clamaba á Dios misericordia. Todo era confusión, clamores, heridas y muerte. Cortés, como buen general, acudía intrépidamente á todas partes, pasando muchas veces los fosos á nado, animando á los unos, ayudando á los otros y poniendo en los restos de su ejército el orden que podía, no sin gran riesgo de morir ó de caer en manos de sus contrarios. El segundo foso se llenó de tal modo de cadáveres, que la retaguardia pudo pasar cómodamente sobre ellos. Alvarado, que la mandaba, se halló en el tercer foso tan furiosamente embestido por los enemigos, que no pudiendo hacerles frente ni pasar á nado, sin evidente peligro de morir á sus manos, fijó la lanza en el fondo del canal, y aferrando la otra extremidad con los brazos y dando un extraordinario impulso á su cuerpo, se lanzó de un salto á la orilla opuesta. Este prodigio de agilidad dió á aquel sitio el nombre que hasta hoy conserva del *Salto de Alvarado*.¹

Grande fué la pérdida de los Mexicanos en aquella noche. De la de los españoles hablan con variedad los historiadores, como sucede en otros muchos cómputos de aquella época.² Yo doy crédito al cálculo de Gomara, que hizo diligentes observaciones y se informó del mismo Cortés y de otros conquistadores. Aquel escritor dice que perecieron cuatrocientos cincuenta españoles y más de cuatro mil hombres de las tropas auxiliares, entre ellos, según el mismo Cortés, todos los Cholultecas. Fueron también muertos todos, ó casi todos, los prisioneros,³ todos los hombres y mujeres de servicio de los españoles y cuarenta y seis caballos: se perdieron todas las riquezas que habían recogido, toda la artillería y todos los manuscritos de Cortés, que contenían la relación de cuanto había ocurrido hasta entonces á los españoles. Entre los que faltaron de esta nación, los más notables fueron los capitanes Juan Velazquez de Leon, íntimo amigo de Cortés; Amador de Lariz, Francisco Morla y Francisco de Saucedo, hombres de gran mérito y valor: entre los prisioneros perecieron el desventurado rey Cacamatzin y un hermano, un hijo y dos hijas de Motecuzoma.⁴ La misma suerte tuvo Doña Elvira, hija del príncipe tlaxcalteca Maxixcatzin.

No pudo Cortés, á pesar de la grandeza de su corazón, refrenar las lágrimas á vista de tanta calamidad. En Popotla, aldea próxima á Tlacopan, se sentó

¹ Bernal Diaz se burla de los que creían en el salto de Alvarado, y dice que era absolutamente imposible, atendida la anchura y profundidad del foso; pero los otros autores lo citan por cierto, y la constante tradición lo confirma.

² Cortés dice que perecieron 150 españoles; pero, ó disminuyó el número, por miras particulares, ó fué yerro de los copistas, ó del primer impresor de sus Cartas. Bernal Diaz cuenta 870 muertos; pero en este número comprende, como él dice, no solo los que perecieron en aquella infausta noche, sino los que murieron en los días siguientes hasta la llegada á Tlaxcala. Solís no cuenta mas que 200 y Torquemada 290. En el número de las tropas auxiliares que perecieron, están de acuerdo Gomara, Herrera, Torquemada y Betancourt. Solís dice tan solo que faltaron más de 1,000 Tlaxcaltecas; pero esto no está de acuerdo con la relación de Cortés, ni con la de los otros autores.

³ Cortés afirma que murieron todos los prisioneros; pero se debe exceptuar á Cuicuitcatzin, á quien Cortés había dado el trono de Acolhuacan. Sabemos por el mismo Cortés que este príncipe era prisionero, aunque ignoramos la causa, y por otra parte, consta que murió en Texcoco, como después veremos.

⁴ Torquemada afirma, como cosa segura, que pocos días después de haberse apoderado Cortés de Cacamatzin, le mandó dar garrote en la prisión. Cortés, Bernal Diaz, Betancourt y otros, dicen que murió, como los otros prisioneros, en aquella terrible noche.

sobre una piedra, no ya á descansar de sus fatigas, sino á llorar la pérdida de sus amigos y compañeros. En medio de tantos desastres tuvo el consuelo de saber que se habían salvado sus más valientes capitanes Sandoval, Alvarado, Olid, Ordaz, Avila y Lugo; sus intérpretes, Aguilar y Doña Marina, y su ingeniero Martín López, en quienes cifraba principalmente su confianza de reparar su honor y conquistar á México.

MARCHA PENOSA DE LOS ESPAÑOLES.

Halláronse los españoles tan débiles y malparados por el cansancio y las heridas, que si los Mexicanos los hubiesen seguido, no hubiera quedado uno solo con vida; pero apénas llegaron al último foso del camino, regresaron á la ciudad, ó porque se contentaron con los estragos que habían hecho, ó porque habiendo encontrado los cadáveres del rey de Acolhuacan, de los príncipes reales de México y de otros personajes, solo pensaron por entónces en llorar su muerte y en celebrar sus exequias. Lo mismo hicieron con sus amigos y parientes muertos, dejando aquel día limpios los fosos y caminos y quemando los cadáveres, ántes que inficionaran el aire con su corrupción.

Al rayar el día se encontraron los españoles en Popotla, esparcidos, cansados, penetrados de dolor; y habiéndolos reunido y ordenado Cortés, se pusieron en marcha para Tlacopan, perseguidos sin cesar por algunas tropas de aquella ciudad y por las de Azcapozalco, hasta Otoncalpolco, templo situado en la cima de un pequeño monte, á nueve millas al poniente de la capital, donde hoy está el célebre santuario y magnífico templo de Nuestra Señora de los Remedios, ó sea del Socorro. Allí se fortificaron, segun sus pocos recursos, para defenderse con ménos fatigas de las tropas contrarias que los molestaron todo el día. Descansaron algun tanto por la noche y tuvieron algun refresco que les suministraron los Otomites de dos caseríos próximos, que vivian impacientes bajo el yugo de los Mexicanos. Desde aquel punto empezaron á encaminarse hácia Tlaxcala, su único refugio en aquel desastre, por Cuauhtitlan, Citlaltepec, Xoloc y Zacamolco, perseguidos en toda la marcha por algunos cuerpitos volantes enemigos. En Zacamolco se hallaron tan hambrientos y reducidos á tanta miseria, que cenaron la carne de un caballo que murió en una acción de aquel día, y el general participó, como todos, de aquel alimento. Los Tlaxcaltecas se echaban al suelo para comer yerbas, implorando á gritos el socorro de sus dioses.

BATALLA DE OTOMPAN.

El día siguiente, apénas se pusieron en camino por el monte de Aztaquemecan, vieron de léjos en la llanura de Tonanpoco, poco distante de Otompan, un numeroso y brillante ejército, ó de Mexicanos, como dicen comunmente los historiadores, ó como yo creo, de las tropas de Otompan, Calpolalpan, Teotihuacan y de otros pueblos vecinos, excitados por los Mexicanos á tomar las armas contra los españoles. Algunos autores dicen que aquel ejército se componía de doscientos mil hombres, número que los españoles calcularon á ojo, y que engrandeció sin duda el miedo. En efecto, todos ellos se persuadieron que aquel día debía ser el último de su vida. Ordenó el general sus abatidas tropas, extendiendo cuanto pudo el frente de su mezquino ejército, á fin de que quedasen de algun modo cubiertos sus flancos con el pequeño número de

caballos que aun conservaba, y con el rostro enardecido, dijo á sus soldados: "En tal estrecho nos hallamos, que solo debemos pensar en vencer ó morir. Valor, castellanos, y confiad en que quien nos ha librado hasta ahora de tantos peligros, nos preservará del que nos amenaza." Dióse la batalla, que fué muy sangrienta, y duró más de cuatro horas. Cortés, viendo sus tropas disminuidas y en gran parte desanimadas, miéntras los enemigos se mostraban cada vez más orgullosos, á pesar del daño que recibían, tomó una resolución tan atrevida como peligrosa, con la cual obtuvo el triunfo y puso en salvo aquellos pobres restos de su ejército. Acordóse de haber oido decir muchas veces que los Mexicanos se desordenaban y huían, siempre que en la acción perdían al general, ó el estandarte. Cihuacatzin, general de aquel ejército, iba en una litera, llevada en hombros de algunos soldados, vestido con un rico traje militar, cubierta la cabeza con un hermoso penacho, y con un escudo dorado en el brazo. El estandarte, que, según el uso de aquellas gentes, llevaba él mismo, era una red de oro, puesta en la punta de una lanza, que se había atado fuertemente al cuerpo, y que se alzaba cerca de diez palmos sobre su cabeza.¹ Observó Cortés, en el centro de aquella multitud de combatientes, y resuelto á dar un golpe decisivo, mandó á sus valientes capitanes Sandoval, Alvarado, Olid y Avila, que le guardasen las espaldas, y con otros que lo acompañaron, se adelantó, por donde le parecía más fácil la empresa, con tanto ímpetu, que arrojó al suelo á cuantos halló al paso. Así fué internándose por las huestes contrarias, hasta llegar al general, á quien echó al suelo de un lanzazo, no obstante la escolta de oficiales que lo defendían. Juan de Salamanca, valiente soldado de los que acompañaban á Cortés, desmontó con gran prontitud, quitó la vida al jefe enemigo, y arrancándole el penacho, lo presentó inmediatamente al caudillo español.² El ejército contrario, viendo á su general muerto y perdido su estandarte, se desordenó y huyó en tropel. Los españoles, estimulados por tan gloriosa hazaña, le siguieron el alcance y le hicieron grandes estragos.

Esta victoria fué una de las más famosas que tuvieron los españoles en el Nuevo-Mundo. Señalóse en ella sobre todos el general español, de quien decían sus capitanes y soldados, que no habían visto jamás tanta actividad ni tanto valor como el que había mostrado en aquella jornada; pero recibió una gran herida en la cabeza, que fué empeorándose de día en día y puso su vida en gran riesgo. Bernal Diaz alaba justamente el denuedo de Sandoval, y hace ver la parte que tuvo este famoso oficial en la victoria, inspirando valor á todos con su ejemplo y con sus exhortaciones. También elogian los historiadores á María de Estrada, mujer de un soldado español, la cual, armada de lanza y rodela, corría tras las huestes enemigas, hiriendo y matando con un arrojo extraño en su sexo. De los Tlaxcaltecas, dice Bernal Diaz que pelearon como leones, distinguiéndose entre ellos Calmecahua, capitán de las tropas de Mexixcatzín. Aquel valiente jefe tomó en el bautismo el nombre de D. Antonio, y fué célebre, más que por su valor, por su larga vida de ciento treinta años.

La pérdida de los enemigos fué considerable, aunque no tanto como lo dicen algunos escritores, que la calculan en veinte mil hombres: número increíble si se considera el miserable estado á que habían quedado reducidos los

¹ Los Mexicanos llaman á estos estandartes *Tlahuismallaxopilli*.

² Carlos V concedió algunos privilegios á Juan de Salamanca, y entre otros el de un escudo de armas para su casa, con un penacho, para recuerdo del que había quitado al general Cihuacatzin, cuando le dió muerte.

españoles, la falta de artillería y otras armas de fuego. La de éstos no fué tan pequeña como pretende Solís; pues perecieron casi todos los Tlaxcaltecas, y muchos españoles, á proporcion de su número, y todos salieron heridos.¹

Cansados de seguir á los fugitivos, volvieron á tomar el camino de Tlaxcala, por la parte oriental de aquella llanura. Allí pasaron la noche á descubierto, y el mismo general, á pesar de su cansancio y de su herida, hizo personalmente la guardia para mayor seguridad. Los españoles no eran ya mas que cuatrocientos cuarenta. Además de los muertos en los combates precedentes á la noche infausta de su retirada, perecieron en ella, y en los seis días siguientes, ochocientos sesenta, como asegura Bernal Diaz, muchos de los cuales, habiendo sido hechos prisioneros por los Mexicanos, fueron inhumanamente sacrificados en el templo mayor de la capital.

RETIRADA DE LOS ESPAÑOLES A TLAXCALA.

El día siguiente, 8 de Julio de 1520,² entraron, alzando las manos al cielo y dando gracias al Altísimo, en los dominios de los Tlaxcaltecas, y llegaron á Hueyotlipan, pueblo considerable de aquella república. Temían hallar alguna novedad en la fidelidad de los Tlaxcaltecas, sabiendo cuán comun es que los hombres se vean abandonados en sus infortunios, aun por sus mejores amigos; pero muy en breve se desengañaron viendo sus sinceras demostraciones de aprecio y compasion por las desgracias que habían sufrido. Apenas tuvieron la noticia de su llegada los cuatro jefes de la república, cuando pasaron á Hueyotlipan á cumplimentarlos, acompañados por uno de los principales señores de Huexotzinco, y por un gran número de nobles. El príncipe Maxixcatzín, aunque afligido por la muerte de su querida hija Doña Elvira, procuró consolar á Cortés con la esperanza de nuevos triunfos, asegurándole que llegaría el día de la venganza, y que para tomarla, bastaban el valor de los españoles y las fuerzas de la república, que desde entónces le prometía. Lo mismo ofrecieron muchos señores. Cortés les dió gracias por su singular benevolencia, y tomando el estandarte del general mexicano, lo regaló á Maxixcatzín, y á los demás señores presentó otros despojos. Las mujeres tlaxcaltecas rogaron á Cortés que vengase la muerte de sus hijos y parientes, y desfogaron su dolor en imprecaciones contra la perfidia de los Mexicanos.

Después de haber descansado tres días en aquel pueblo, pasaron á la capital de la república, distante de allí quince millas, para curar sus heridas, de las que murieron ocho soldados. El concurso que asistió á su regreso en Tlaxcala, fué igual y quizá mayor que el que salió á recibirlos en su primera entrada. La acogida que les hizo Maxixcatzín, y el cuidado que tuvo de ellos, fueron

¹ Solís, para exagerar la victoria de Otompan, dice que en los españoles hubo algunos heridos, de los que murieron dos ó tres en Tlaxcala; mas este autor, atento únicamente á la cultura del lenguaje, á los elogios y á las sentencias, no se cura de la exactitud de los números. Dice que Cortés condujo consigo á México, después de la derrota de Narvaez, 1,100 hombres, los cuales, con los 80 que, según él dice, quedaron con Alvarado, forman 1,180. En los combates precedentes á la derrota de México, apenas hace mención de algun muerto. En la salida, cuenta 200, y en el viaje á Tlaxcala, los dos ó tres heridos en Otompan. ¿Qué se hicieron los 500 ó más que faltan para componer 1,180? Diversa es la idea que nos dan de aquella acción los que en ella se hallaron, como puede verse en las Cartas de Cortés y en la Historia de Bernal Diaz. "¡O cuánto era furiosa, y espantosa de verse aquella batalla! dice este último. ¡Cómo combatian cuerpo á cuerpo, y con qué furia se lanzaban los perros! (Así llama á los Mexicanos). ¡Qué heridas y matanza hacían en nosotros con sus lanzas y espadas!" y luego añade: "vuelvo á decir que nos hirieron y mataron muchos soldados."

² Bernal Diaz dice que la batalla de Otompan fué el 14 de Julio; mas esto es una distracción, pues Cortés asegura que entraron en los dominios de Tlaxcala el 8, un día después de la acción.

dignos de su ánimo generoso y de su sincera amistad. Los españoles se mostraban cada día más reconocidos á aquella nacion, cuya amistad, constantemente cultivada, fué el medio más eficaz que emplearon, no solo para la conquista del imperio mexicano, sino tambien para la de todas las provincias que se opusieron á los progresos de sus armas, y para la sumision de los bárbaros Chichimecas y Otomites, que tanto los molestaron.

ELECCION Y MEDIDAS DEL REY CUITLAHUATZIN EN MEXICO.

Mientras los españoles descansaban en Tlaxcala de sus fatigas y curaban sus males, los Mexicanos se empleaban en remediar los que habían sufrido la capital y el reino. En el espacio de un año habían experimentado grandes desventuras; pues además de las considerables sumas de oro, plata, piedras y otras preciosidades que habían gastado, parte en regalos á los españoles y parte en homenaje al rey de España, de las cuales recobraron sin embargo algunos restos, se había oscurecido la fama de sus armas y disminuido el esplendor de la corona: habíanse sustraído á la obediencia los Totonacas y otros pueblos, é insolentado en demasía sus enemigos: hallábanse mal parados los templos y arruinadas muchas casas de la capital, y sobre todo faltaba el rey, muchas personas reales y una gran parte de la nobleza. A estos daños que habían recibido de los españoles, se añadían los que ellos mismos se ocasionaban con la guerra civil, cuya noticia debemos á los escritos de un historiador mexicano, que se hallaba á la sazón en aquella corte y que sobrevivió algunos años á la ruina del imperio.

Cuando los españoles se hallaban en la capital, molestados por el hambre y por las hostilidades del pueblo, algunos señores de la primera nobleza, ó por favorecer el partido de los extranjeros, ó lo que parece más verosímil, para socorrer á su rey, que hallándose entre los sitiados, debía participar de sus penurias, los proveían secretamente de víveres, y fiados en la autoridad que les daba su nacimiento, se declararon abiertamente en favor de Cortés. De aquí resultó tan funesta disension entre los Mexicanos, que solo pudo extinguirse con la muerte de muchos ilustres personajes, y entre ellos, Cihuacoatl, Tzihuacopoca, Cipocatli y Tencuenotzín, hijos los unos y los otros hermanos del rey Moteuczoma.

Necesitaba la nacion un jefe capaz de restablecer su honor y de reparar las pérdidas sufridas en los últimos tiempos del reinado de aquel monarca. Fué elegido rey Cuitlahuatzin, poco ántes ó poco después de la derrota de los españoles, y era, como ya he dicho, señor de Iztapalapan, consejero íntimo de su hermano Moteuczoma, y Tlachcocalcatl, ó sea general de las tropas. Era hombre sabio y de gran talento, como asegura su enemigo Cortés, y tan liberal y magnífico como su hermano. Gustaba de la arquitectura y de la jardinería, como se vió en el magnífico palacio que edificó en Iztapalapan, y el célebre jardín que en él plantó, de que hacen grandes elogios casi todos los historiadores antiguos. Su valor y su pericia militar le adquirieron la estimacion de sus pueblos, y algunos españoles, bien informados de su carácter, aseguran que si la muerte no hubiera abreviado su carrera, no habría sido posible apoderarse de la capital.¹ Es probable que los sacrificios que se hicieron en la época de su

¹ Solís da á este rey el nombre de *Cuettlabaca*, y dice que vivió pocos días en el trono, y que setos bastaron á borrar su memoria; mas lo contrario aseguran Cortés, Bernal Diaz, Gomara y Torquemada. ¿Cómo

coronacion, fueron de los españoles que él mismo hizo prisioneros la noche de la retirada.

Terminada aquella solemnidad, se aplicó el nuevo soberano á remediar los males de la capital y del imperio. Mandó reparar los templos y reedificar las casas arruinadas; aumentó y mejoró las fortificaciones; envió socorros á las provincias, excitándolas á la defensa comun del Estado, contra aquellos nuevos enemigos, y prometió absolver de todo tributo á los que tomasen las armas en defensa de la corona. Mandó además embajadores á la república de Tlaxcala, con un buen regalo de plumas, ropas y sal; los cuales fueron recibidos con honor, segun los usos establecidos en aquellas naciones. El objeto de esta embajada era representar al senado que aunque hasta entónces habian sido enemigos capitales los Mexicanos y los Tlaxcaltecas, era ya tiempo de unirse, como originarios del mismo país, como pueblos de una misma lengua y como adoradores de unos mismos númenes, contra los enemigos comunes de la patria y de la religión: que ya tenia noticia de los sangrientos estragos que habian hecho en México y en otros pueblos aquellos hombres orgullosos é inhumanos; sus sacrílegos atentados contra los santuarios y contra las venerables imágenes de sus dioses; su ingratitude y perfidia contra su hermano y predecesor y contra los más respetables personajes del reino, y su insaciable sed de oro, que los inducia á violar las santas leyes de la amistad: que si la república continuaba apoyando los perversos designios de aquellos monstruos, tendria el mismo galardón que Moteuczoma, en cambio de la humanidad con que los acogió en su corte y de la liberalidad con que los favoreció en todo tiempo: que los Tlaxcaltecas serian detestados generalmente, por haber dado auxilio á tan inicuos usurpadores, y los dioses descargarían sobre la república todo el furor de su cólera, por haberse confederado con los enemigos de su culto: que si por el contrario, se declaraban, como el rey lo pedía, enemigos de aquellos hombres odiados del cielo y de la tierra, la corte de México haria perpétua alianza y tendria comercio libre con la república, con lo que ésta podria evitar la miseria á que hasta entónces habia estado reducida; todas las naciones de Anáhuac le agradecerian tan importante servicio, y los dioses, aplacados con la sangre de las víctimas, enviarían á sus campos la lluvia necesaria, darian felicidad á sus armas y harian célebre en toda la tierra el nombre de Tlaxcalteca.

El senado, despues de haber oido el mensaje y despedido los embajadores de la sala de audiencia, segun costumbre, quedó reunido para deliberar sobre aquel gran negocio. No faltaron miembros á quienes parecieron sensatas las proposiciones de los Mexicanos y convenientes á la felicidad de la república, exagerando las ventajas que se les ofrecian, el éxito infausto de la expedicion de los españoles á México, y la pérdida de las tropas tlaxcaltecas que habian estado bajo sus órdenes. Alzó la voz entre ellos el jóven Xicotencatl, que siempre habia sido enemigo capital de los españoles, y procuró apoyar, con cuantas razones pudo, la alianza con los Mexicanos, añadiendo que seria mucho mejor conservar las antiguas costumbres de su nacion, que someterse á las nuevas y extravagantes usanzas de aquella gente indómita é imperiosa: que no podia ofrecerse una ocasion más oportuna para desembarazarse enteramente de los espa-

podian olvidar su nombre los Mexicanos, cuando los españoles lo conservaban indeleble, considerándolo autor de los desastres de su retirada? Cortés se acordaba tanto de Cuiclahuatzin y conservaba tal indignacion contra él, que cuando se halló con fuerzas suficientes para emprender el asedio de México, queriendo vengarse del rey, y no pudiendo hacerlo en su persona, por haber ya muerto, se vengó en su ciudad favorita; y no fué otro el motivo de su expedicion contra Iztapalapan, como él mismo confiesa.

ñoles, que aquella en que estaban tan cansados, débiles y abatidos. Maxixcatzin, por el contrario, que les era sinceramente afecto y que tenia más luces para conocer el derecho de gentes y mejor voluntad de observarlo, rechazó el voto de Xicotencatl, censurando como abominable perfidia el designio de sacrificar á los Mexicanos aquellos hombres perseguidos por la fortuna, y que habian buscado un asilo en Tlaxcala, fiados en las protestas y en las demostraciones del senado y de la nacion. Añadió que si los lisonjeaban las ventajas que los Mexicanos ofrecian, mayores las esperaba él del valor de los españoles; y que si no convenia fiarse en éstos, ménos confianza debian inspirar aquellos, de cuya falsía tenian tantas pruebas: finalmente, que ningun delito seria capaz de irritar tanto la cólera de los dioses, ni de oscurecer tanto las glorias de la nacion, como la horrible maldad que se proponia contra aquellos huéspedes inocentes. Xicotencatl inculcaba su primer dictámen, presentando á los senadores un odioso retrato de la indole y de las costumbres de los españoles. La altercacion fué tan animada, y excitó á tal punto los ánimos, que Maxixcatzin, arrebatado de cólera, dió un golpe á Xicotencatl y lo precipitó por las gradas de la sala de audiencia, llamándolo sedicioso y traidor á la patria. Esta demostracion, hecha por un hombre tan circunspecto, tan respetado y amado por la nacion, obligó al senado á mandar prender á Xicotencatl.

La resolucion en que convinieron los senadores fué la de responder á la embajada, que la república estaba pronta á aceptar la paz y la amistad de la corte de México, con tal que no se exigiese una accion tan indigna y un delito tan enorme, como era el de sacrificar á sus huéspedes y amigos; pero cuando se envió á buscar á los embajadores para intimarles la respuesta, se echó de ver que habian salido ocultamente de Tlaxcala, porque habiendo observado en la plebe alguna inquietud de resultas de su llegada, temieron que cometiesen algun atentado contra el respeto debido á su carácter. Es probable que el senado enviara embajadores tlaxcaltecas para llevar su contestacion. Los senadores procuraron ocultar á los españoles todo lo que habia ocurrido; pero á pesar de sus precauciones, lo supo Cortés, el cual dió gracias, como debia, á Maxixcatzin, por sus buenos oficios y ofreció corresponder á la idea ventajosa que tenia del valor y amistad de sus compatriotas.

BAUTISMO DE CUATRO SEÑORES TLAXCALTECAS.

No satisfecho el senado con estas pruebas de su cordialidad, prestó de nuevo obediencia al rey Católico; y lo que es más, movidos los cuatro jefes de la república por la gracia del Espíritu Santo, renunciaron á la idolatría, y despues de haber sido instruidos competentemente, fueron bautizados por el P. Juan Diaz, capellan del ejército español, siendo sus padrinos Cortés y sus principales capitanes. Celebróse esta funcion con grandes demostraciones de júbilo, tanto de los españoles como de los Tlaxcaltecas. Llamóse Maxixcatzin en el bautismo D. Lorenzo; Xicotencatl el viejo, D. Vicente; Tlehuexolotzin, D. Gonzalo, y Citlalpopoca, D. Bartolomé.¹ Siguieron su ejemplo algunos Tlaxcalte-

¹ Ni Cortés ni Bernal Diaz hablan de este bautismo. Herrera hace mencion del de Maxixcatzin, y Solís añade el de Xicotencatl. Unos autores dicen que fué administrado por el P. Olmedo, y otros que Maxixcatzin lo recibió en su última enfermedad; pero lo cierto es que los cuatro jefes fueron bautizados, aunque Torquemada y Betancourt no convienen en el tiempo. Tambien se sabe que Maxixcatzin no aguardó á la última enfermedad, y que los cuatro fueron bautizados por el P. Diaz. Todo esto consta, además de otras pruebas, por las pinturas antiguas tlaxcaltecas, que estaban en muchos conventos de franciscanos, y que vió el historiador Torquemada.